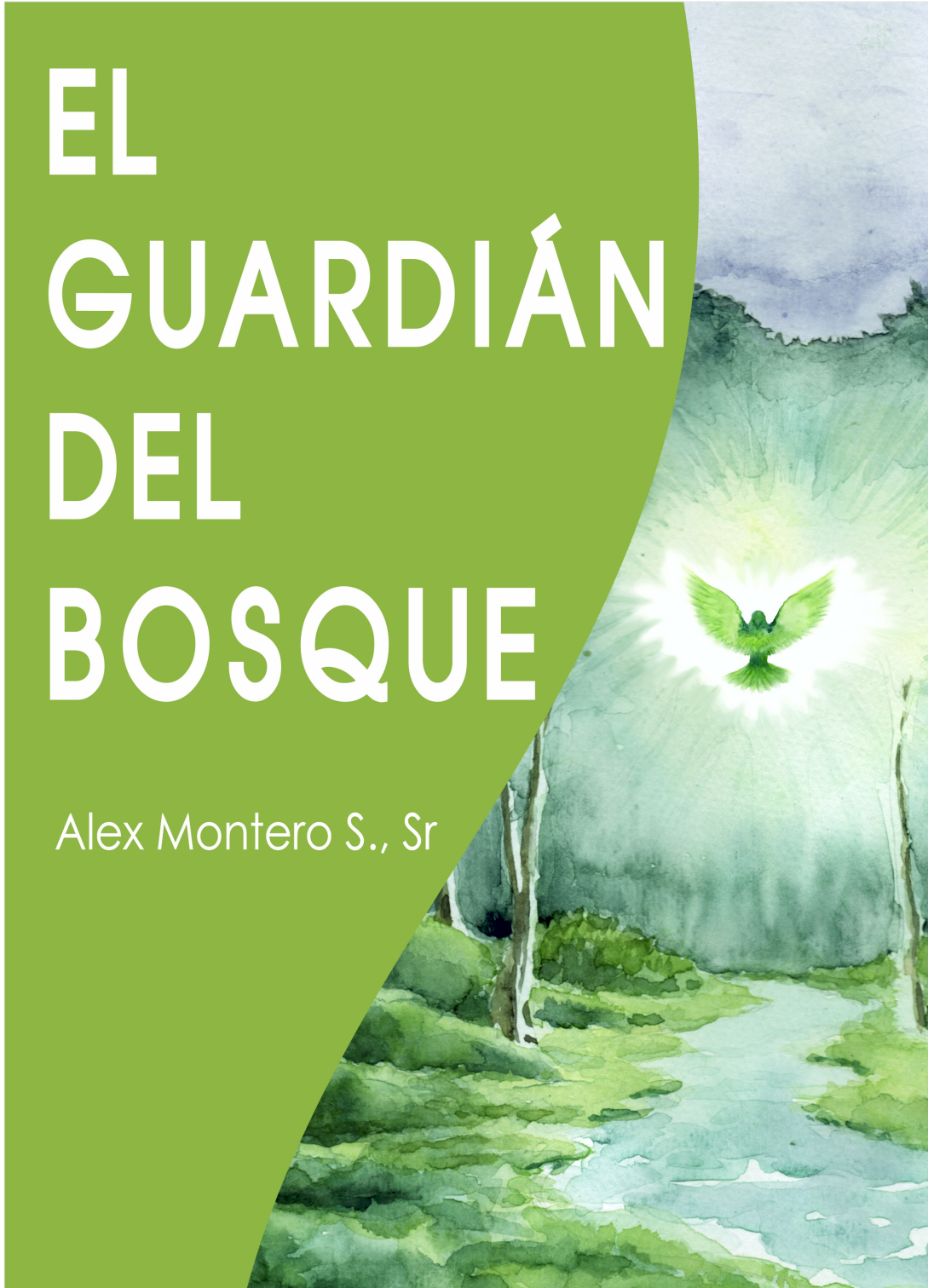


El guardián del bosque (Editado)

Alex Montero Sánchez

EL GUARDIÁN DEL BOSQUE

Alex Montero S., Sr



Capítulo 1

El guardián del bosque

—El sol ya va a salir, será mejor que vayas a descansar —le insistió el árbol viejo.

—Sí, es hora de irme ya. No quiero que los míos sientan mi presencia y lloren —dijo David volviendo al aire, elevándose lentamente.

En la hacienda, don Rodrigo se levantaba primero que todos. Luego se encaminaba a la ermita de la casa: iba a pedirle al Señor que cuidara de David allá donde él reposaba. Eran dos meses ya los que habían pasado desde la muerte de su hijo. La mente del padre aceptaba con estoicismo el hecho, pero su corazón no lo conseguía: le rogaba a Dios que se lo devolviera. Aunque ese milagro no lo exigía, no dejaba de ser un pedido a voz baja. Y cada tarde, mirando al bosque de castaños, lo esperaba.

—¡Papá! —llamó Fernando, el menor.

—Dime, hijo —contestó don Rodrigo.

—¿Hoy iré con ustedes a la cosecha?

—Aún no, Fernando. ¡Es peligroso! Podrían aparecer los mismos que mataron a tu hermano. No quiero que te lastimen.

—¿Pero entonces...? ¿Cuándo podre ir? Ya tengo dieciséis y aquí en casa no hago nada. Los estudios son a distancia y siento que no ayudo a la familia.

Don Rodrigo abrazó a su hijo tiernamente y, con los ojos llenos de lágrimas, le volvió a decir que no. Luego se dirigió a la portada de la hacienda y desapareció de la vista de Fernando.

—¡Es muy terco el patrón! —exclamó Martina, la encargada del mantenimiento de la hacienda.

—Sí, Martina. Pero pronto haré lo que debo: cuidar de los bosques y ayudar a mi familia.

Por la carretera que lleva al campamento, el todoterreno de don Rodrigo frenó en seco. Un oso de anteojos se había cruzado en su camino. Don Rodrigo, con la frente apoyada en el volante, agradeció a Dios por no haber atropellado al pobre animal. Después de que el oso se alejara de la

pista, prosiguió su camino.

Al llegar, encontró a los obreros del campamento. Lo esperaban ansiosos por iniciar la cosecha.

—¡Buen día, patrón! —saludó Alcides.

—Buen día —respondió de parco ánimo. Pero al ver la alegre sonrisa de los cosechadores, recuperó su buen espíritu y dio la orden de empezar.

Las cestas fueron recibiendo las primeras castañas de marzo, doradas y de buen peso. El sol brillaba más y más alto por sobre las frondosas copas de los árboles conforme avanzaba la cosecha. La hora del almuerzo no se hizo esperar; parecía que el tiempo, en vez de trotar, galopaba.

Los presurosos obreros se dirigieron a la mesa de campaña cuando el almuerzo estuvo ya servido. Pero don Rodrigo calmó la estampida elevando las manos al cielo para agradecer por los alimentos. Al acabar, un poco soñolientos, prosiguieron con la faena. Cesta tras cesta, minuto tras minuto, la jornada fue llegando a su fin.

—¡Suban las cestas con cuidado! —indicó don Rodrigo.

—¡Claro, patrón! —replicó Alcides, cuando un destello le hirió en los ojos.

—¿Qué has visto? —inquirió don Rodrigo.

—Allá, en el camino: un auto viene.

El claxon resonó con fanfarria. El conductor saludaba estirando el brazo por la ventanilla. Al llegar, frenó el vehículo con mucha rapidez. Como si de un potrillo se tratara, saltó del asiento delantero, saludó a todos con mucha euforia y los obreros respondieron al unísono: «¡Buenas noches, joven Fernando!».

—¡Fernando! ¡Vuelve a la casa! —increpó don Rodrigo.

—¡Pero, papá...! ¡Ya es hora de empezar para mí! Y no he venido solo, mamá viene conmigo.

—No puede ser. Rosaura volvía en una semana —murmuraba, apresurando el paso hacia el auto.

—¡Es una sorpresa, Rodrigo; quería darte una gran noticia! —exclamó doña Rosaura, causando gran expectativa entre todos.

—El juez dio su veredicto. Sentenció a uno de los que causaron la muerte

de David.

—Pero eso no lo traerá de vuelta con nosotros —refunfuñó don Rodrigo—. Además, aún siguen sueltos los demás.

—No sigas con ese sentimiento negativo —se apresuró en decir Fernando.

—Es muy tarde. Vayamos a casa los tres —suplicó con ternura doña Rosaura.

—Siempre faltará David —respondió don Rodrigo.

—Vamos ya, suban al auto —insistió Fernando—, que yo me quedo a dormir aquí. No me perderé la noche estrellada de verano. Vayan, vayan, tortolitos.

Luego se dirigió a uno de los trabajadores:

—Dime, Alcides: ¿la tienda está lista para dormir?

—Sí, joven Fernando. Y su café, caliente; en la mesa de campaña también.

Luego de mucho conversar y reír por las historias de Alcides, cada quien fue a dormir a su tienda. Fernando, sin sueño aún, se levantó a ver las estrellas que repletaban el negro firmamento. Maravillado por la infinita cantidad de puntos luminosos, permaneció admirándolas un buen tiempo, hasta que, al bajar la mirada, notó en el bosque una tenue luz verde azulada que aumentaba y disminuía en intensidad. Comenzó a caminar hacia ella tratando de no hacer ruido. Ya al estar muy cerca, escuchó una conversación:

—¿Cómo se sienten después de la cosecha? —dijo la luz.

—Complacidos de haberles brindado nuestros frutos a los tuyos. Ellos nos cuidan: no nos falta el agua y nos podan solo lo necesario. Y tú, David, ¿a dónde fuiste hoy?

—He visitado los nuevos sembríos de futuros bosques, que prosperan a pesar del acecho de los que quieren destruirlos. Los ojos de Fernando miraban fijamente el resplandor azul verdoso sin parpadear. En ese momento, empezó a caminar de regreso sin dar la espalda. Pero, al pisar una rama que apenas crujió, la luz se desvaneció. Y ante la pesada oscuridad, inició una carrera hacia el campamento, la que parecía no tener fin.

—¡Alcides! ¡Alcides! Despierta. ¡He visto a David, está en el bosque!

—¿Cómo? ¡No lo entiendo! El joven David está sepultado en el campo santo de la villa, entre las tumbas de sus abuelos.

—Sí, lo sé. ¡Pero era su voz! Hablaba con alguien, en el medio del bosque. Y la luz, esa luz verde y azul al mismo tiempo... ¡De ahí salía su voz!

Alcides le dio una manta y le aconsejó no contar a nadie lo sucedido. Le explicó que la noche no es igual que el día, que ella tiene sus cosas, fenómenos inexplicables que no se deben tener en cuenta en nuestras vidas.

Al llegar la mañana, don Rodrigo llegó al campamento. Después de coordinar con Alcides las labores del día, buscó a Fernando.

—Dime, hijo, ¿dormiste bien?

—Sí, papá. ¡Como una piedra!

—Qué bueno. Hoy podrás ayudarnos a embalar los frutos y acompañarás a Alcides. Deben llevar la carga a la capital del distrito. Es un camino largo, pero deberás tener paciencia.

—Claro, papá, confía en mí. Siempre he querido este trabajo.

La carga se completó al mediodía. Fernando subió a la cabina del chofer del primer camión; en el segundo iba Alcides. Habían recorrido unos dos kilómetros cuando, en el camino, divisaron un árbol derribado. Esto les molestó mucho y los obligó a detenerse.

Alcides sacó unas cuerdas de la caja de herramientas. Con ayuda de los choferes y de Fernando, ataron las ramas más grandes al parachoques del camión que iba adelante.

—¡Ahora! —indicó Alcides. El camión retrocedió mientras arrastraba el árbol caído.

—¡Continuemos! —ordenó el jefe del campamento, pero su voz se ahogó dentro del trueno de un disparo.

Todos se cubrieron con lo que había a su alcance. Cuando Alcides miró hacia el lugar de donde provino el disparo, pudo reconocer al que había asesinado al joven David. El corazón de Alcides comenzó a calmarse, mientras que el rencor empezaba a dominarlo.

—¡Eres tú otra vez! ¡No me das miedo, qué quieres! —le gritó al criminal.

—El tiempo se les termina. Si no se van de esta zona, yo y mis amigos nos encargaremos de terminar el trabajo. Por ahora, y para que tomen en serio mis palabras, nos llevamos al jovencito a pasear por el bosque.

—¡No te atrevas a tocarlo! —le advirtió Alcides.

—No intentes detenerme o te soltaremos unas cuantas perlas negras.

—Déjame ir con ellos, Alcides —suplicó Fernando.

Alcides dejó de hablar y los delincuentes se llevaron a Fernando. Luego de verlos alejarse, llamó por la radio del camión a don Rodrigo. Este se puso rápidamente en camino.

Pasaron interminables minutos hasta que patrón y administrador por fin se encontraron e iniciaron la búsqueda.

De pronto, un viento fuera de lo común empezó a soplar desde el bosque. Algo los motivó a dirigirse al centro de la tormenta.

Al estar más cerca, encontraron el auto estacionado ante una trocha de poco uso. Siguieron el atajo entre la maleza. El viento arreciaba aún más.

Y los encontraron. El hombre y sus cómplices miraban al centro de la tormenta con las armas apuntando en esa dirección, sin soltar al muchacho.

En eso, Fernando dijo en voz alta: «¡David! ¿Eres tú? ¿Aún estás con nosotros?».

Entonces, en el centro de la tormenta, una luz azul verdosa aumentaba y disminuía en intensidad. De ella se escuchó: «¡Liberen a mi hermano! ¡Vuelvan a sus casas! ¡El bosque no les pertenece!».

¡Así que tú estás vivo! —gritó el asesino—. ¡Debes morir de nuevo! —dijo al tiempo que apretó el gatillo, y los cómplices también dispararon contra la luz que parpadeaba.

Mas las balas cayeron en la corteza de los árboles y de esta brotaron hilos de sangre. Los delincuentes, ya sin municiones, escaparon aterrorizados, dejando al joven libre. Pero don Rodrigo los siguió en su auto. Por radio llamó a la policía de montaña, pero estos no llegaron a tiempo. Los delincuentes se habían desvanecido.

Cuando don Rodrigo volvió, ya no encontró la tormenta. Y en lugar de la luz, a una avecilla verde azulada. Ella revoloteaba por los árboles que recibieron los impactos. El ave, que trinaba, iba y venía entre los troncos

heridos. Y después, volando en dirección de lo más denso del bosque, se perdió en esa inmensa selva negra.

—Hijo, ¿estás bien?

—Sí, papá. Estoy bien —respondió Fernando, sin perder de vista a laavecilla—. Y también mi hermano lo está, ¿lo ves? Ahora es esa ave que vuela hacia la montaña. Él sigue vivo en cada aleteo, en cada canto de ellas. Su vida late en el interior de cada árbol, arbusto o hierba que nos rodea. No se ha ido ni se irá: seguirá de esta manera con nosotros. Él es ahora el guardián del bosque.

Fin